

LOS DOS COMBATES DE DON QUIJOTE

María Banura Badui de Zogbi

En la segunda parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* se encuentran los dos combates que el caballero manchego sostiene con el Caballero de los Espejos y con el Caballero de la Blanca Luna (Cap. XII, XIII, XIV y LXIII). Son dos singulares situaciones en las que don Quijote tendrá diversa suerte y además marcarán con notas muy nítidas el proceso de desmitificación del protagonista.

Es sabido que la fuente de muchas acciones de los protagonistas del *Quijote* es el relato caballeresco. En un enriquecedor diálogo de literaturas, varios pasajes del libro se estructuran, se relatan y se rematan como verdaderos episodios caballerescos, puesto que la parodia constituye el entramado básico.

En el *Quijote* de 1605 ese entramado es más firme, porque el voluntarismo del personaje concreta sus deseos de imitación de sus héroes. Recordamos los episodios en los que se arma caballero, vela las armas, arremete contra “desaforados gigantes”. En el de 1615 el espíritu caballeresco se mantiene en episodios de mucha importancia para la vida presente y futura del protagonista. Ellos son el enfrentamiento con el Caballero de los Espejos, el episodio de la Cueva de Montesinos y la batalla con el Caballero de la Blanca Luna.

Un combate a oscuras

Si buscamos en el libro un episodio anterior que tenga alguna correspondencia con los combates que nos ocupan, no dudamos en

señalar el de los cueros de vino (I, XXXV). El suceso irrumpe violentamente en medio de la lectura que se estaba haciendo de la novela "El Curioso Impertinente". cuando Sancho aparece pidiendo a voces que socorran a su amo "porque anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto; ¡Vive Dios!, que ha dado una cuchillada al Gigante enemigo de la princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen a cercen, como si fuera un nabo!" (p. 436)¹. Sabremos inmediatamente que don Quijote ha peleado con los cueros de vino que estaban en la habitación de la venta creyendo que eran gigantes. El molde caballeresco se ha cumplido: don Quijote peleó porque creyó que, matando al gigante, defendía a la princesa Micomicona a quien había prometido devolverle su reino. Sancho imagina la cabeza del gigante aún con sus barbas (en los relatos de caballerías la cabeza del enemigo se cortaba y se enviaba al señor). Pero don Quijote ha peleado dormido y la batalla ha sido a oscuras. Don Quijote estaba solo. La batalla ha sido unilateral, sin oponente. Los gigantes fueron producto de la imaginación del caballero. Cuando se conoce la verdad, el recurso del encantamiento tiene la respuesta definitiva, como en muchas otras oportunidades.

El Caballero de los Espejos

El capítulo XII de la segunda parte comienza diciendo "La noche que siguió al día del encuentro con la muerte (...)". El episodio anterior fue el encuentro con la carreta que llevaba a los comediantes vestidos para la representación, y entre ellos iba la Muerte. Este encuentro da pie para el rico diálogo que mantienen don Quijote y Sancho "debajo de unos altos y sombrosos árboles". Es de noche, y en el silencio la conversación se desliza fácilmente hacia la confidencia. Don Quijote reflexiona sobre el arte de la comedia y sobre la comedia de la vida. Queda en evidencia el pensamiento barroco de la vida como sueño y representación. Sancho reconoce que la compañía de don Quijote lo ha hecho más discreto: "Sí, que algo se me ha de pagar de la discreción de vuestra merced -respondió Sancho- que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos " (p. 106). La calidad de su lenguaje lo hace sentirse más cerca de su amo, y más agradecido. Amo

y escudero tienen conciencia de la unidad y de la dualidad, si bien su relación ha tenido diversos matices, porque cada uno ha puesto en ese nosotros lo que es y lo que traía desde antes. En este capítulo se patentiza la relación de amistad a la que han llegado. Sancho la expresa muy bien en su reconocimiento a las enseñanzas recibidas, en la libertad que demuestra con su conducta y, hacia el final del capítulo, en su decisión de seguir siendo un escudero fiel.

La presencia del Caballero de los Espejos se inserta en la narración por medio de sensaciones auditivas percibidas por don Quijote mientras Sancho duerme (recordemos otros episodios que, como en este caso, ingresan en el cuerpo de la narración anunciados por sonidos o voces; es el caso de Dorotea). Don Quijote oye el ruido de las armas de que venía armado el caballero que hasta allí había llegado. Inmediatamente escucha cómo el caballero "templando está un laúd o vigüela". Más adelante el Caballero del Bosque (primer nombre con el que aparece) canta un soneto. A la gradación en el matiz auditivo (ruidos, sonidos, canto de la voz humana) se han sumado señales que indican que éste es un caballero enamorado. "No hay ninguno de los andantes que no lo sea -dijo don Quijote" (pp. 109-110).

Ante esta realidad que lo ha sorprendido, don Quijote entiende que una interesante aventura puede suceder. El narrador no deja ningún aspecto librado al azar: el Caballero del Bosque viene de camino y busca descanso en un bosque, llega de noche, está armado, trae un escudero, es refinado, sabe cantar y su canto expresa su pena de amor por Casildea de Vandalia. La escena se completa con el encuentro de los dos caballeros.

El tema caballeresco se recorta con nitidez. Todos sus elementos han ingresado paulatinamente a la escena para conformar un reducto casi teatral, de connotaciones atemporales. El relato nos ha llevado poco a poco al mundo mítico caballeresco donde ambos caballeros enamorados tienen una misma dolencia y parece que por esto se entenderán toda una vida "como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas" (p. 112), anticipa el narrador.

Por razones estructurales, se refiere primero la conversación de los escuderos. Varias notas de peso se pueden señalar en ese diálogo. El

del Bosque aconseja a Sancho la conveniencia de regresar a su casa. Insiste tres veces en ello. Sancho, aunque oscila entre el querer abandonar todo y el quedarse, finalmente la rechaza. En el entramado de la aventura preparada por Sansón Carrasco, esta insistencia tiene muchísima importancia porque deja ver que el ataque es a dos frentes: uno es convencer a Sancho para que regrese (tal vez sin escudero don Quijote desista de andar buscando aventuras); el otro, es la burla al mismo don Quijote.

Otra nota para destacar es la riqueza del diálogo de los escuderos. En él se hallan datos de la España de la época, del lenguaje, usos y costumbres, además de una profunda cercanía espiritual. Con respecto al valor de los diálogos en la obra dice Avalle Arce: "En realidad, una de las tantas maravillas que encierra el *Quijote* es la perfecta relación entre diálogo y narración inhallable en los anales literarios anteriores. (...) En el *Quijote*, y mucho antes que él, el diálogo es, en su expresión más profunda, forma de conocimiento².

El diálogo de los caballeros está preparado para provocar la batalla. Se desarrolla en el capítulo XIV que se inicia así: "Entre muchas razones que pasaron don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo a don Quijote: -Finalmente, señor caballero (...)" (p. 120). Conviene señalar aquí la polionomiasia con la que Cervantes enriquece las connotaciones del texto y la presencia del problema del autor.

En el caso de la polionomiasia, el caballero tiene hasta ahora dos nombres: "del Bosque" y "de la Selva". Más adelante se llamará "de los Espejos". Los tres tienen su soporte en la realidad. El caballero fue descubierto cuando llegó al bosque, realidad que se asoció a la selva, y luego, a la luz del día don Quijote podrá ver que "Sobre las armas traía una sobrevista o casaca, de una tela, al parecer de oro finísimo, sembradas por ellas muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso" (p. 126). A partir de esta descripción se llamará el Caballero de los Espejos.

Recordemos la cita: "entre muchas razones, (...) dice la historia". Sin duda el segundo autor ha ejercido su libertad narrativa y ha seleccionado de entre esas "muchas razones" que cuenta Cide Hamete en

la historia, las que ha creído más atinentes al desarrollo de los acontecimientos. Y lo más atinente es el diálogo que llevará a los personajes al enfrentamiento final.

El Caballero del Bosque le hace saber a don Quijote que su dama le ha pedido que "haga confesar a todos los andantes caballeros que por ellas [las provincias de España]³ vagaren que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; (...)" (p. 121), y él ha vencido a muchos caballeros entre ellos al más famoso, a don Quijote de la Mancha.

Ante la admiración de don Quijote allí presente, el del Bosque asegura haber vencido a un personaje de ese nombre. Para justificarlo menciona datos de la vida del protagonista que los lectores ya conocen. Se hace evidente el arte de correspondencias que tan bien maneja Cervantes, ajustando con precisión el entramado narrativo para admiración no solo de don Quijote sino de los lectores, ya que tanto en el capítulo II como en éste el que conoce la historia impresa, el libro, es Sansón Carrasco (aunque aquí todavía está bajo el disfraz de Caballero de los Espejos). Él es al mismo tiempo personaje de la ficción y portavoz de los lectores reales.

Don Quijote no admitirá excelencia de otra belleza que no sea la de Dulcinea. Hábilmente el Caballero de los Espejos ha buscado el atajo para hacer necesario el enfrentamiento, que se realizará cuando llegue el día.

Hasta este momento, las sombras de la noche habían permitido que el diálogo se instalara entre los personajes sin interrupciones. La palabra por sí sola había soportado el peso de los acontecimientos. Pero al salir el sol, el aspecto físico de los personajes se suma a la comenzada burla. No sale aún el lector de su asombro cuando Sancho ve la gigantesca nariz del escudero: "Cuéntase en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amoratado, como de berenjena; bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro (...)" (p. 126). La hipérbole humorística ha provocado en Sancho la reacción

de temor esperada. Sin duda Sansón era buen lector, porque tuvo en cuenta los aspectos del carácter de Sancho al preparar la burla.

A la descripción del escudero, sobre todo de su nariz, sigue la descripción del atuendo del caballero, de donde surgirá el nombre de Caballero de los Espejos. Todo se ordena casi teatralmente. Ahora será la visión, no ya la palabra, la que oriente las acciones. "Todo lo miró y miró don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió como Sancho Panza (...) (p. 127).

Las "extrañas narices del escudero" no admiran a don Quijote menos que a Sancho y, a partir del primer momento en que se nombran, quedan en el episodio como motivo central del humorismo del suceso. Ese tono humorístico se mantiene hasta el encuentro de los caballeros en que la batalla se resuelve en una serie de equívocos. Cuando don Quijote arremete, el de los Espejos estaba detenido en la carrera:

En esta buena sazón y coyuntura halló don Quijote a su contrario embrizado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, o no acertó o no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, a salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que, sin mover pie ni mano, dio señales de que estaba muerto (p. 129).

La caída es resultado del choque fortuito, no de una lucha. El encuentro es lamentable. Es la primera vez que don Quijote enfrenta a un caballero que no es producto de su imaginación, vestido como él y, como él, enamorado. Hasta aquí el plano del ideal. Pero pronto aparecen los detalles de la parodia degradante, tristísima para la historia personal del protagonista. Aunque el de los Espejos haya resultado vencido, los caballeros no han corrido, las espadas no se han alcanzado a sacar. La caballería aparece remedada con burla e ironía.

Si recordamos el episodio de los cueros de vino, se hace clara la diferencia. Allí el protagonista, aunque lo suponemos dormido, sacó la espada, peleó, cortó cabezas, puso en práctica su voluntarismo. Pero aquí se ha hecho trizas el edificio del ideal al descender a una acción empobrecida. Del mismo modo el motivo de las narices, que en principio fue burlesco, luego humorístico, se debilita aquí cuando dice el escudero que las lleva en la faltriquera. El montaje de la aventura ha quedado al descubierto en su intimidad más desagradable, como cuando en el episodio de los cueros de vino a don Quijote lo ven en paños menores y él se avergüenza.

Don Quijote ve en el Caballero de los Espejos tendido en el suelo "la misma figura" de su vecino y amigo Sansón Carrasco. El mito caballeresco se ha deslizado hacia el engaño. ¿Ha sido engañado don Quijote? Sí, pero por los encantadores. Así lo reconoce él, aunque Sancho oscila entre creer que el horrible narigudo es Tomé Cecial su vecino y compadre, o creer a su amo la labor de los encantadores. "Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo" (p. 132).

El procedimiento narrativo se particulariza en este caso, y en toda la segunda parte, por presentar las aventuras desprovistas de notas aclaratorias o anticipatorias. Con ello se logra que los personajes, los espectadores y hasta los mismos lectores queden sorprendidos. En la aventura que nos ocupa, la explicación para los lectores se incluye en el capítulo XV donde se comunica el origen y el motivo de la aventura. Don Quijote y su escudero, al dejar la escena, ignorarán para siempre lo que se hace saber al lector.

La aventura del Caballero de los Espejos no puede ser considerada una batalla. En ella ya se perfilan los signos de la decadencia del protagonista. El humor, la parodia, el grotresco abren en esta aventura una brecha por donde hace agua el heroísmo de don Quijote. Muy lejos han quedado las puntuales y efectivas acciones frente a los molinos de viento o a los rebaños de ovejas. En aquellos casos, aunque el caballero embistió a un enemigo que él había fabricado, su comportamiento fue veraz. La energía que desplegó, el uso de las armas, el dinamismo que puso en juego faltan en este encuentro en el que sí tiene un enemigo concreto, y más aún, un caballero, un igual con quien pelear.

El Caballero de la Blanca Luna

El cura, el barbero y Sansón Carrasco, vecinos y amigos de Alonso Quijano, son los encargados de buscar una solución para la locura de su amigo. Traerlo de regreso a su aldea parece ser lo más conveniente. Y serán el cura y el barbero los responsables del episodio de la princesa Micomicona y de conseguir el regreso de don Quijote a su aldea en la primera parte. A Carrasco le corresponde esa misión en el *Quijote* de 1615. Y tal vez por su juventud o por ser un hombre culto que ha leído los mismos libros que don Quijote, Sansón Carrasco se erige en caballero andante para batallar de igual a igual con el protagonista. Es su igual en la realidad y asume la representación de caballero andante en la ficción.

El encuentro con el Caballero de la Blanca Luna sucede en Barcelona y está enmarcado por el relato de Ana Félix. En el capítulo XLIV, y en un remanso de la narración, aparece sin dilaciones la aventura:

Y una mañana, saliendo don Quijote a pasearse por la playa armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un-punto, vio venir hacia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente; el cual, llegándose a trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones a don Quijote, dijo: -Insigne caballero y jamás como se debe alabado don Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la Blanca Luna (...) (p. 545).

El episodio tiene trazos más nítidos que el anterior. Ya no se trata de la noche sino de la mañana. Don Quijote se encuentra solo. Solo se encontró en el combate con los cueros de vino. La soledad con la que cada hombre debe enfrentar sus sueños es la misma con la que debe enfrentar su nacimiento y su muerte. Por eso es significativo que aquí don

Quijote esté solo, aunque haya testigos, porque de esta aventura depende su pertenencia al mito caballeresco.

Inmediatamente se presenta el caballero con su nombre. El provocador sabe de caballerías: lo elogia, manifiesta a qué viene, por qué motivo mantendrán batalla y las condiciones del enfrentamiento. No hay un solo lugar en sombras.

El Caballero de la Blanca Luna es desconocido para don Quijote. No lo registra entre sus lecturas ni en la realidad. Es un acierto de Cervantes haber hecho ingresar un nuevo caballero a la novela. La novedad impacta mejor en el desafiado quien "quedó suspenso y atónito" (p. 545). La respuesta de don Quijote también es clara, directa y muy lógica.

Una vez planteada la batalla, el relator necesita armar el escenario de la contienda. Para ello va creando un clima teatral muy afín al que se da en casi toda la segunda parte y especialmente en la casa de los Duques. El Visorrey, don Antonio Moreno y otros muchos caballeros salieron a la playa. Forman parte de los espectadores. El Visorrey piensa que es una nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno, aunque por momentos piensa que es verdadera. Sin embargo la interpreta como burlas, y se suma a la representación de este suceso.

Las condiciones de la batalla impuestas por el Caballero de la Blanca Luna exigen que don Quijote reconozca la hermosura de Casildea de Vandalia como superior a la de Dulcinea y, si pierde en el encuentro, debe regresar a su aldea y no tomar armas por el término de un año. Para el ofensor el objetivo se centra, sin duda, en el segundo asunto. Pero para don Quijote lo imposible de admitir es lo primero.

Conviene citar el texto:

(...) tornó a tomar otro poco más de campo, porque vio que su contrario hacía lo mesmo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que le diese señal de arremeter, volvieron entrambos a un mesmo punto las riendas a sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna llegó a don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle

con la lanza -que la levantó, al parecer, de propósito-, que dio con Rocinante y con don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fue luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera le dijo:

-Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío (p. 547).

El enfrentamiento dura apenas segundos. El ritual caballeresco está menos deslucido que en el combate anterior, pero comienza con faltas: sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico. Además ha sido, como en el otro caso, un golpe de los animales lo que derribó a don Quijote. A propósito está puesta la aclaración entre guiones: la lanza no ha sido usada.

El dinamismo que el narrador ha impreso a la escena intenta que lo sorpresivo actúe a favor del desafiante. Y lo logra. Pero don Quijote no puede aceptar ser infiel a su señora. La entrega de su persona en acto de vasallaje fue de por vida. Por eso responde: "Aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra" (p. 547).

Don Quijote ha sido vencido. Ha perdido la honra, y sin ella no puede vivir. "El hombre sin honra peor es que un muerto"⁴. Y el manchego es caballero "puntual y verdadero". Su grandeza lo lleva a respetar y asumir lo pactado hasta sus últimas consecuencias. Ahora sí el objetivo inicial de Sansón Carrasco puede cumplirse: don Quijote regresará a su aldea.

Los testigos del hecho fueron los que presenciaron la escena: el Visorrey, don Antonio Moreno, y otros muchos caballeros. Es la autoridad; por ello no podrá haber falseamiento, porque lo sucedido cambiará el rumbo de la historia: desde este momento nos dejará para siempre don Quijote.

Sancho está tan asombrado como los demás. Pero su preocupación es diferente. Sus intereses y la aflicción por lo sucedido a su amo van juntos. Él sabe que algo se ha roto, y es el mundo de la caballería andante:

Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse: parecía que todo aquel suceso pasaba en sueños y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento. Vefa a su señor rendido y obligado a no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se deshace el humo con el viento (p. 548).

El procedimiento narrativo es similar al de la aventura anterior. El narrador ha creado un clima de asombro y expectación que no se rompe mientras dura la aventura ni viene precedido de anticipos. En el capítulo siguiente Sansón Carrasco da las explicaciones del caso a don Antonio Moreno, quien fue el espectador en la ficción y representa a los lectores. La exposición del bachiller es un recuento de los sucesos pasados. Dentro de la técnica narrativa de Cervantes estas referencias a hechos anteriores contribuyen a guardar una interrelación entre los distintos momentos de la obra y avalan el sentido de unidad compositiva. Es el entramado que, de vez en cuando, actualiza los hilos anteriores para sumarlos al dibujo de la trama actual.

Si recordamos el episodio narrado en I, XXV, en él las consecuencias de la batalla no fueron más allá de la pérdida del vino que contenían los cueros. Aquí, la pérdida de la batalla cierra para siempre la vida caballeresca de don Quijote. Así lo entendió don Antonio Moreno: "-¡Oh señor -dijo don Antonio- Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos?" (p. 549).

Quienes lo conocieron y participaron de la reactualización del mundo caballeresco perderán, con la ausencia del caballero, tanto como si con él se fuera la fantasía, la locura, la creatividad, el arte.

El capítulo siguiente pone fin al episodio:

Al salir de Barcelona, volvió don Quijote a mirar el sitio donde había caído, y dijo:

-Aquí fue Troya! Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazafias; aquí, finalmente, cayó mi aventura para jamás levantarse! (p. 554).

Dice Avalle Arce: "La victoria de este caballero [el de la Blanca Luna] implica la expulsión de don Quijote del orbe mítico y perfecto de la caballería⁵. Después del último combate, nunca más recorrerá los caminos ni dormirá bajo las frondas de los árboles con la esperanza del encuentro de una nueva aventura. Nunca más defenderá su pertenencia al mundo de la caballería andante. Pero sus locuras abrirán caminos de reflexión y sus palabras se proyectarán como bienhechora sombra a lo largo del tiempo.

Bien lo sabía Cervantes cuando escribió acerca de su obra, interpretando la voz de la fama (...) "los niños las manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran" (p. 42).

Los dos combates de don Quijote

Notas

1. Miguel de Cervantes Saavedra. *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición, estudio y notas de Juan Bautista Avalle-Arce. 1ª ed. Madrid, Alhambra, 1979. La presente cita y las siguientes corresponden a esta edición. Se indicará solo el número de página.
2. Juan Bautista Avalle-Arce. *Don Quijote como forma de vida*. Madrid, Castalia, 1976; p. 284.
3. El agregado es mío.
4. Miguel de Cervantes Saavedra. *El Ingenioso Hidalgo...*, I, XXXIII; p. 402.
5. Juan Bautista Avalle-Arce. *Op. cit.*; p. 268. El agregado es mío.